

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

La naturaleza en Sevilla

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

el paseo | memoria

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Manuel Ferrand

La naturaleza en Sevilla

el paseo, 2025

© Herederos de Manuel Ferrand Bonilla, 1977-2025
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2025

www.elpaseoeditorial.com
Colección Memoria

1.ª edición en El Paseo: octubre de 2025

Esta edición ha contado con la colaboración del Ayuntamiento de Sevilla.

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Maquetación y cubiertas: Jesús Alés
Corrección: El paseo editorial
Impresión y encuadernación: Gráficas La Paz

I.S.B.N. (OBRA REUNIDA) 978-84-19188-80-9

I.S.B.N. (VOLUMEN) 978-84-19188-78-6

DEPÓSITO LEGAL: SE-2636-2025

CÓDIGO THEMA: NHT; WQ

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España

Contenido

PRÓLOGO, por Carmen Camacho

IX

La naturaleza en Sevilla

Introducción	3
La luz, el aire y el agua	7
Torres, Tejados y azoteas	13
Calles y plazas	27
Los jardines ocultos	37
Jardines públicos	53
El río de Sevilla	61

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

PRÓLOGO. Palabra Naturaleza

Advertencia: en este preciso instante usted no se dispone a leer un libro sino a dar un buen paseo. Un paseo quieto, de tinta mojada en olor verde, trinos, claridades, que luego se transformará –esa alquimia– en mirada atenta, respiración y escucha cuando baje a la calle, salga al patio o suba a la azotea. Esta es otra forma de estirar las piernas y de ensanchar un espacio –se llama Sevilla– y amplificar lo que ya está o estaba aquí sin forzarlo un milímetro, sino a base de vivirlo con sentido y con los sentidos.

Estas palabras mías empujan la cancela verde que ya se abre a *La naturaleza en Sevilla*, este jardín-huerto de raigambre andalusí, o patio impreso a color, que Manuel Ferrand diera a la luz allá en los setenta, y que se junta y habla con otros textos suyos tales como *Jardines de Sevilla* o aquel cuadernito para jardinerillos, ilustrado por Juan Romero, intitulado *El hombre que conoce las plantas*. Más aún, este libro que ahora tiene usted entre manos, unido a *Calles de Sevilla* y *Gastronomía sevillana*, componen una suerte (afortunada) de «Trilogía de la vida» de este rincón del mundo. Y es que los ensayos de Ferrand tienen la condición de vivenciales, experienciales. *Naturaleza*, *Gastronomía* y *Calles de Sevilla* tratan no –no solo– de una ciudad soñada, evocada, referenciada, filosofada o datada por el erudito, sino de un lugar ante todo degustado, olido, paseado, disfrutado..., en definitiva, extensa e intensamente vivido. A ver si iba a llevar razón –y se la quisimos quitar porque lo que dijo sonaba a insulto– José Ortega y Gasset cuando hablaba del «andaluz atmosférico», esto es, del sabio del Mediodía que

Por último y en desquite, me sumo a la utopía de Manuel Ferrand, que soñaba con que Sevilla algún día llegue a ser «El jardín total», transformador, totalizador, triunfal, definitivo. En su *Jardines de Sevilla* se imagina que «Desde la Giralda, desde un avión, Sevilla presentaría el aspecto de plenitud vegetal, de jungla-jardín, de tapiz con infinitud de cuadros en distintas tonalidades, selva domesticada, primorosa y caprichosa. Cuadros de buganvillas, de glicinas, de jazmines, de azaleas de varios tonos, por encima de las viviendas, rosales, hierbabuenas, gitanillas y albahacas sobre las cubiertas de los corrales, setos de cipreses y flores como cinerarias, sobre los edificios más adustos, juzgados, oficinas de recaudaciones y entidades donde se fosiliza la cultura; laureles y acantos, cubriendo la Universidad, y claveles rojos y blancos y arbustos e incienso, por encima de los templos cofradieros. Todo esto y hermosas parras en las azoteas de las tabernas. Y cuanto se estudiara y se decidiera en su momento preciso, que todavía es pronto.

Sería un homenaje de gratitud a la ciudad de la Naturaleza. Y sería sobre todo, una revolución urbanística sin precedente, porque se salvarían abismos de fachada a fachada en un entoldado festivo y umbrío, y cada calle se convertiría en alegre, íntimo pasadizo, y la ciudad entera, jardín enorme y desbordado, fragante, tierno, surrealista».

Sea.

CARMEN CAMACHO
En Sevilla, octubre al filo, 2025

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

La naturaleza en Sevilla

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Introducción

Para Ortega y Gasset, Sevilla es una inmensa arquitectura de reflejos. La frase ha tenido fortuna. Se ha repetido y glosado no pocas veces, porque viene a ser escueto resumen de lo que han expresado otros escritores, antes y después, con respecto al papel que la luz ejerce en la fisonomía de la ciudad. La luz configurando el paisaje. Impresionismo puro, apreciación meramente sensorial, pero significativa; en Sevilla, se diría que todo es efecto de luz, del deslumbre del mediodía, o de las gamas sorprendentes de los atardeceres, porque, en cada crepúsculo, el cielo de poniente se reviste de unos tonos casi siempre distintos, que ya es soberana lección de fantasía: malvas, oros, verdes, violetas, púrpuras, anaranjados... «Sevilla, la de los inigualables atardeceres», la llamó Eugenio Noel, otro viajero, que se encaramaba a las azoteas y a la misma Giralda para verlos. En su primera arribada, Azorín se embelesa al encontrar a la ciudad bajo «un delicado cielo violeta», y Juan Ramón Jiménez, otro fino, sensitivo visitante deja escrito: «No hay rincón por leve que sea... que no encante y transparente la luz». Las citas se encadenan y su relación sería prolija hasta llegar a André Gide, impresionado en el patio de los Naranjos, con el regusto voluptuoso del juego de la luz y de las sombras.

Cuando llega el otoño, antes aún de que amarilleen las hojas, después de las primeras lluvias, es fina y dorada la luz que engalana suntuosamente la fronda de los jardines, la que se

posa en los pretils de las azoteas, en los tejados, en las espadañas y en las torres. Tan sugestiva como esa otra, la difuminada por humedades, luz con soñera de las mañanitas de invierno.

Pero la más significativa, la que exalta colores y anula matices, la que se rompe en estallido deslumbrador en la cal de las fachadas, es la luz casi cegadora del mediodía, cuando el cielo está limpio de nubes. Resol violento, artero, porque es amigo de la postal e ingrato con los pintores. «En Sevilla es imposible pintar un paisaje», se quejaba Darío de Regoyos y, dicen que también Sorolla. Desde una torre, desde una azotea, desde un vano de alto edificio, en esas horas, en esos días que digo –que son los más–, se ve una Sevilla envuelta, repleta, sumergida en claridades: grito de luz en los altos cristales, blancura hiriente de cal, así hasta llegar a la lejanía donde todo se ondula en el moaré de la calígne. Y, abajo, contraste brusco del oscuro de las callejuelas, de las sombras casi negras de los dinteles y mediopuntos. Entonces, con el hartazgo de destellos, se advierte mejor que la ciudad es sobre todo, un juego caprichoso y sugestivo, encuentro de brillos y de sombras, puro y múltiple reflejo.

Hay otra luz más grata que es la que se cuela por los patios, por los jardinillos, por los compases de los conventos; la que se tamiza entre la palmera y el naranjo, la que se refleja en las hojas del magnolio y llega a la cal con verde y fresco reverbero; la que juguetea con el agua de la alberca o con la brava gallardía del surtidor de una fuentequilla, «que apedrea el cielo con estrellas fugaces», como escribiera Ben Raia, sevillano del siglo XII. El encanto de los viejos patios radica, por encima de todo, en ser ámbitos de luz aprisionada, sometida a tonos precisos. Joaquín Romero Murube escribió bellas páginas sobre esto que digo; sobre su encuentro primero con un patio de Sevilla y sobre los matices, grises, azulados, rosas, que caben en un patio cuando

penetra de soslayo una faja de sol: «...chorro de oro que rebota sobre los mármoles, sobre los arcos, sobre los paramentos y columnas y hace surgir una finísima arquitectura de sombras que se mueve lentísimamente...». La luz, creadora de arquitectura. Como en Ortega, como en tantos otros, dando a la luz papel tan principal que casi nos entrega una ciudad a un punto mismo de incorpórea, la más sutil, como la llamará otro escritor, la más esbelta.

EL PASEO EDITORIAL PROMOCION
PROHIBIDA SU DIFUSION